

**GEORG GRODDECK:
EL ANALISTA SALVAJE
(1866-1934)**

Martin Grotjahn (*)

Georg Groddeck nació en Baden-Baden, Alemania del Sur, en 1866. Hijo de Karl Groddeck, un médico a quien él reverenciaba como sabio y profundo, Groddeck llegó a ser conocido como el “padre de la medicina psicosomática”, un término que él despreciaba como frívolo y equívoco.

Georg recordaba a su madre como hermosa pero distante. Fue el quinto y último hijo. Tenía tres hermanos mayores; Lina, la cuarta y única niña, era la favorita de la madre y la compañera de juegos de Georg. Durante un tiempo asistió a una escuela de niñas con Lina. Georg asumió que su estrecha relación con Lina, a lo largo de toda la vida le ayudó a comprender la naturaleza bisexual del hombre, la envidia del embarazo en los hombres, la creatividad, y cómo ser un buen terapeuta -una “madre-padre”.

Después de que Karl Groddeck se arruinara financieramente, la familia se mudó a Berlín, donde Karl se convirtió en médico de los pobres. Georg fue animado a estudiar medicina; mientras organizaba su práctica médica, fue requerido para alistarse durante ocho años sirviendo en el Ejército.

El maestro favorito de Georg fue Ernst Schweninger, a quien consideraba el mejor médico de su tiempo. Schweninger era tiránico, brutal y extraño; se enemistaba con todos. Debido a la influencia de un paciente agradecido, Otto von Bismarck, a Schweninger se le permitió enseñar sus excéntricas ideas fisioterapéuticas en uno de los hospitales universitarios.

Entre 1889 y 1897, Groddeck padeció el servicio militar. Durante este tiempo infeliz, su madre murió; él se refugió en Else, una mujer casada con dos hijos pequeños, con quien se casó después de que ésta se divorciara y él se diera de baja del ejército. Georg trasladó a su familia a Baden-Baden, donde se convirtió en Director Médico, y eventualmente en el propietario, de un pequeño sanatorio originalmente fundado por Schweninger. Su hermana Lina fue la devota ayudante de Georg.

Groddeck pasó el resto de su vida en este lugar, desarrollando alrededor de su rostro severo y bruscamente educada personalidad, un aura y régimen de tratamiento que eventualmente atrajo a muchos pacientes, incluidos otros precursores psicoanalíticos, de toda Europa. Él se imponía en la rutina diaria de sus pacientes, prescribiendo dietas y masajes -que a menudo administraba personalmente.

Groddeck creía que a nadie se le debía permitir morir solo, como le había ocurrido a sus dos padres. Y aunque, a veces, parecía casi brutal, cuidó tiernamente a su hermana Lina en su lecho de muerte. Poco después, la muerte de sus tres hermanos, uno por uno, llevó a Groddeck a la oscura sensación de que él, era el único sobreviviente de una familia marcada precozmente por la muerte.

Sus publicaciones comenzaron aproximadamente por esta época -1903- y cubrieron un amplio espectro: los métodos de Schweninger, novelas, ensayos y crítica literaria -las obras de Ibsen (Grinstein, 1957, pp. 790-792). Organizó dos asociaciones, una dedicada a la educación de hombres trabajadores, y la segunda diseñado para promover las ideas de su padre sobre la construcción de viviendas baratas para obreros.

A pesar de su ajetreada vida médica y literaria, Groddeck a menudo se encontraba aburrido, insatisfecho e incapaz de entender a sus pacientes; pero cuando se dio cuenta del simbolismo omnipresente en las comunicaciones de sus pacientes, su aburrimiento desapareció. Entonces, empezó a considerar la enfermedad como una reacción física del cuerpo a un trauma, y también como una creación simbólica, que expresaba las

necesidades internas de unas fuerzas desconocidas de un “Ello” por el cual somos gobernados. Su término fue adoptado más tarde por Freud, cuyos traductores prefirieron “id” como una traducción menos mística que la de *Das Es*. Al principio, Groddeck no veía que sus opiniones estuvieran relacionadas con el psicoanálisis. En 1912, publicó una novela, la cual llegó a ser muy popular por una razón notable y desafortunada: atacaba al psicoanálisis y deploraba el énfasis freudiano en la sexualidad. Más tarde, Groddeck admitió libremente que había atacado el psicoanálisis antes de haberlo estudiado.

En 1914, se separa de su primera esposa, que gradualmente había caído en un aislamiento melancólico. Comenzó a vivir con Emmy, una joven que había tomado el lugar de Lina en el sanatorio y con quien finalmente se casó. Durante la Primera Guerra Mundial, fue llamado al servicio como cirujano del ejército. Al tratar de dirigir el hospital del ejército, al modo como lo hacía, en lo que a menudo llamaba su “Satan-Arium”, se enemistó con todos y pronto fue despedido, a pesar de la intervención de sus pacientes agradecidos, que incluían a la hermana del Kaiser y su esposo.

En mayo de 1917, Groddeck escribió una extensa primera carta a Freud. Comenzaba agradeciendo a Freud y reconociéndole, especialmente por los conceptos de transferencia y resistencia. Se disculpaba por haber escrito desfavorablemente sobre el psicoanálisis, admitiendo que su ataque había sido originado por la envidia. El aún era incapaz de terminar de leer *La psicopatología de la vida cotidiana* y *La interpretación de los sueños*. La diferencia entre las clarificaciones científicas de Freud y su propio conocimiento intuitivo del Ello, era más de lo que podía soportar. Groddeck incluía páginas de material clínico en su carta y preguntaba tímidamente si tendría derecho a llamarse a sí mismo un analista y si sería aceptable para la Sociedad Psicoanalítica de Berlín. Freud respondió que aunque Groddeck quería ser tratado como incorregible y marginado, lamentaba no poder complacerlo: “Debo reclamarle y debo declarar que Ud., es un analista de primer orden”. Su mutuo respeto y afecto sobrevivieron las muchas tormentas que podrían haberse anticipado en la relación entre un devoto de un “místico Ello”, como Freud lo llamó más tarde, y su más controlado colega científico.

Groddeck transfirió en Freud todas las imágenes perdidas por la muerte en su pasado -padre, madre, hermana, hermanos y Schweninger- y amó a Freud con devoción culpable, melancólica y masoquista. La amistosa admonición de Freud sobre su “místico Ello” hirió profundamente a Groddeck. Freud vio en él a un innovador talentoso, intuitivo y demoníaco: tal vez Freud reconoció en Groddeck su propio demonio interior, su propio inconsciente. Trató de domesticar, entrenar y amar a Groddeck como lo haría con un hijo adoptado favorito. Freud respetaba enormemente una llama revolucionaria y no quería verla extinguirse en ningún hombre o movimiento.

La simbólica y definitivamente no científica novela de Groddeck, *Der Seelensucher* (“El escrutador de almas”), fue rechazada por muchos editores, pero deleitó a Freud, quien, en 1919, se ofreció a publicarla a través de la Psychoanalytic Publishing House. “Le pregunto si nos permitiría que publicáramos este herético trabajo, porque yo mismo soy un hereje que aún no se ha convertido en un fanático”, escribió, terminando con un gran y sincero cumplido: “No creo que pudiera fácilmente progresar sin Ud.”. Freud mostró una no disimulada diversión frente al horror de algunos de sus colegas cuando apareció la novela.

EL ESCRUTADOR DE ALMAS.

Der Seelensucher, el cual fue publicado en 1921, pero nunca ha sido traducido al inglés, trata sobre un solterón retirado que da por perdida una desesperada batalla en contra de unos chinches y, como resultado, abandona su hogar para convertirse en un vagabundo. Asume un nuevo nombre, Thomas Weltlein (Thomas Littleworld), y vaga por toda la tierra buscando el sentido de la vida. Se desliza hacia una locura alegre desde la cual hace interpretaciones profundas y desinhibidas -utilizando la filología, la mitología y la literatura- en todo tipo de situaciones inesperadas. Da una conferencia en un almuerzo de mujeres, pidiéndoles que eduquen a sus hijas para la gran alegría que tienen que dar a los hombres. Desde la plataforma de un orador, comenta el interés de todas las personas en los ferrocarriles imitando locomotoras que tienen relaciones sexuales. Sus ruidos repugnantes y movimientos obscenos interpretan, convencen y enfurecen. Nunca se ha dado una interpretación más hilarante. El oficial que preside, balanceando frenéticamente su campana,

arroja a Thomas Weltlein, mientras él continúa interpretando con entusiasmo el significado y la función de la campana que suena.

Weltlein es un tonto y un loco. En una reunión sindical, sorprende a todos hablando razonablemente pero con pasión mientras se une a los hombres en su lucha por la libertad y la igualdad. Él está totalmente a favor del socialismo progresivo.

Al finalizar el libro, es asesinado en un choque de trenes. Su muy conservadora hermana lo identifica por su lápiz de oro y por una cicatriz en lo alto -muy alto- de su muslo izquierdo.

EL LIBRO DEL ELLO

Los escritos de Groddeck encajaban bien en los pensamientos de Freud, quien, en 1922, estaba trabajando en *El Yo y el Ello*. En ese libro, Freud reconoció su deuda con Groddeck. Casi al mismo tiempo, en 1920, en la Conferencia Internacional de La Haya, muchos analistas se incomodaron por el hecho de que Groddeck se describiera a sí mismo como un “analista salvaje” y por su asociación libre, en lugar de leer un documento preparado. Sólo unos pocos -entre ellos O. Rank, S. Ferenczi, K. Horney, Frieda Fromm Reichmann y E. Simmel- compartieron el interés y el afecto de Freud. Groddeck fue acompañado a la Conferencia por Emmy, que aún no se había convertido en su esposa. No fue hasta que los Groddeck se casaron correctamente que Freud admitió que, siendo algo victoriano, se había disgustado cuando Groddeck había llevado a su amante a su primera reunión.

Groddeck temía que la palabra pudiera matar el pensamiento. No quería convertirse en un científico, sino escribir y vivir de manera libremente asociativa. De su desilusión por su recepción en el Congreso, trató de mantenerse alejado de todos los analistas, excepto de Freud, quien lo regañó por la construcción de tal muro.

Ernst Simmel se convirtió en su amigo y visitante en Baden-Baden. Simmel citó a Groddeck, quien hablaba inglés con fluidez, diciendo: “El ojo es el Yo, y cualquiera que sea miope no quiere ver muy lejos...”. Bajo la influencia personal de Groddeck, Simmel pudo leer un reloj a varias millas de distancia y dirigir un Congreso Psicoterapéutico en Baden-Baden sin gafas, aunque en Berlín volvió a ver mal y volvió a necesitar de ellas.

En 1921, Groddeck comenzó *El Libro el Ello*, una serie de cartas presumiblemente escritas a una inteligente mujer joven interesada en sus ideas analíticas. Fue publicado en 1923. Freud encontró el trabajo encantador e irresistible. Incluso la escéptica Anna Freud estuvo interesada. Ernest Jones lo encontró divertido y “picante”. Oskar Pfister, analista y clérigo en Suiza, se sorprendió y se quejó con Freud, quien le respondió: “Estoy defendiendo enérgicamente a Groddeck contra su respetabilidad. ¿Qué habría dicho Ud., si hubiese sido contemporáneo de Rabelais?”

Groddeck escribió con franqueza, honestidad y dignidad. En su mayor parte evitó ser exhibicionista o masoquista. Insistió en llamar a su método “profano” y artístico; no podía haberle importado menos la prueba científica. Su tema central era: El hombre es vivido por su Ello. Nace con este conocimiento, pero luego lo pierde.

Groddeck escribió libremente sobre su envidia y la de todos los hombres hacia las madres. Su gran barriga expresaba su deseo de tener un hijo; o el hombre desea parir un hijo de su cerebro como Pallas Atenea, que nació de la cabeza de su padre, Zeus. Escribir un libro le inundaba de preocupaciones y malestares debidos a la entrega. Su bocio de muchos años desapareció solo después de elaborar sus fantasías inconscientes de embarazo, las cuales él creía que habían causado el bocio.

Si sus interpretaciones son correctas o incorrectas, él no lo sabía. Él sabía que hablándole y explicándole sobre el Ello ayudaba a los pacientes. El Ello no sabe medicina y puede utilizar cualquier órgano del cuerpo como símbolo. Groddeck le atribuye a Freud cualquier cosa que tenga sentido; y a sí mismo, cualquier cosa que suene tonta y fantástica -un cumplido muy ambivalente.

El Ello es el deseo de enfermarse y el deseo de curarse. Para ser ayudados, los pacientes deben volver a ser niños, a quienes Dios les dará una visión mientras duermen. Deben confiar en su madre-médico con inocencia y amor y leer este libro de la misma manera que los niños leen cuentos hadas.

Es tonto para cualquier mujer perderse el mayor placer de la vida: el dolor y la lujuria del parto. El parto natural es la forma en que una mujer natural quiere tener a su bebé. El médico arrogante y engreído no debe interferir.

Una madre puede temer que su hijo sea un vengador debido a su pecado de masturbación o incesto. Nadie es tan santo como para poder amar siempre a un vengador.

El hombre nunca puede dejar de anhelar volver al vientre de su madre.

Una buena mujer no se siente castrada y no sufre contracciones menstruales. Ella sabe bien que la sangre y el dolor no se interponen en el camino de la lujuria, pero puede sentirse tentada a probar la fuerza y el conocimiento de un hombre poniendo el tabú menstrual entre sus deseos y los de ella.

Nuestro inconsciente se expresa a sí mismo en símbolos: en el amor a Dios, el crimen y el heroísmo, las buenas y malas acciones, la religión y la blasfemia; en manchar el mantel y romper vidrios; en la invención de herramientas y máquinas; en el arte, la enfermedad y la muerte -en todos los aspectos de nuestras vidas.

Los accidentes pueden entenderse como los sueños y los símbolos. Quienquiera que se rompa un brazo ha pecado o ha deseado cometer un pecado con ese brazo -asesinato, incesto o masturbación. Quien se queda ciego no desea ver más, ha pecado con sus ojos, o desea ver lo que no se atreve a ver. Quien se pone ronco tiene un secreto que no se atreve a contar.

El lenguaje del inconsciente es difícil de descifrar. El niño en nosotros entenderá el lenguaje del inconsciente en el sueño, o no entenderá en absoluto. Algunos pueden considerar esto una locura, pero deben respetar esta locura ya que tiene método.

Las intelecciones sobre la importancia de la transferencia materna ilumina todas las historias de casos de Groddeck. Todo hombre enfermo es un niño. Todo el que cuida a un niño enfermo se convierte en madre. Le debemos nuestras vidas a la madre -y también nuestras muertes. Todos mueren en la Cruz, el *os sacrum*, que es la madre. El amor a la madre se expresa en la Cruz del cristianismo, en la 'Piedad' de Miguel Ángel, en los escritos de Shakespeare y Sófocles. Todos son interpretados por Groddeck con gran poesía, intensidad y un conocimiento literario fenomenal. Él seduce a sus lectores para que se expongan a la experiencia curativa y madurativa del arte. Muestra cómo soportar la ansiedad creativa.

El lector es animado por Groddeck a adquirir una nueva, tal vez loca (o enloquecedora) forma de ver la vida. El ratón le recuerda a Groddeck el pene de una mujer, cortado y dejado vivo. El horror que sentimos por un pájaro herido también le recuerda la ansiedad de castración.

Para el Ello, el amor y la muerte son iguales, ya que en el acto sexual el amor muere.

La Madre nos cuidó, nos hizo sentir nuestros cuerpos, nos sedujo, nos enseñó a masturbarnos y luego nos castigó por ello, porque este es el destino de una madre. Todos cometemos el pecado original contra la madre. En nuestra culpa, nuestro Ello inventa el cáncer y la tuberculosis; y lo hace de la misma manera como crecen los ojos, el cabello, las uñas, los dientes. Una explicación fantástica es mejor que ninguna.

El médico tiene dos preguntas que decidir: ¿Por qué medios el Ello se las ingenia para permanecer enfermo, y por qué medios se le puede inducir nuevamente a querer estar sano? El Ello puede ser ayudado por el análisis, por los baños calientes, por los masajes, por órdenes magistrales, y por ese tipo de amor que un niño enfermo espera de su madre.

En 1920, Groddeck se convirtió en miembro de la Sociedad Psicoanalítica de Berlín. En una de sus comunicaciones a la Sociedad, sugirió: "Posponga la acción todo el tiempo que pueda, y esté atento a los signos del Ello del paciente. Tarde o temprano, probablemente le susurrará consejos que pueda transmitir al paciente". Él intentó explicar cautelosamente sus opiniones sobre los factores psicógenos en la enfermedad, coincidiendo con sus colegas de Berlín en un punto: todo tratamiento médico tiene éxito o fracasa con la transferencia.

Una de sus pacientes, una mujer, sufría de edema severo y generalizado, a pesar del tratamiento para su afección cardíaca con medicamentos y con el masaje especial que Groddeck había aprendido de Schwenger. La paciente confesó entonces su "pecado" -que había jurado permanecer virgen y convertirse

en monja, pero ella luego se había casado y, entonces, ya no era virgen. Después de su “confesión”, eliminó enormes cantidades de orina; un verdadero pecado-fluido fue liberado. En veinticuatro horas, había perdido quince libras.

Otro paciente, un pastor, había desarrollado hemorragias retinianas, que lo amenazaban con la ceguera. Con grandes resistencias, le contó a Groddeck que una vez había apedreado un crucifijo, tirando la figura de Cristo al suelo. Su Ello lo había castigado severamente. El efecto de esta breve y profundamente penetrante entrevista fue que no se produjeron hemorragias a partir de entonces; y, trece años después, el paciente trabajaba como contable, lo que requiere el uso constante de los ojos.

A su manera, Georg Groddeck era un hombre profundamente religioso. “The It and the Gospels”, publicado en 1926, es uno de sus escritos más originales y profundos.

“Carraspeos y Resfriados”, que apareció en 1928, es un autoanálisis verdaderamente revelador, relacionando su propio molesto carraspeo con el famoso carraspeo de la familia Groddeck, el cual todos los miembros de su familia habían desarrollado durante sus vidas.

Después de haber visto morir a toda su familia -padre, madre, tres hermanos y su única hermana- Groddeck se sintió cerca de la muerte, y estaba convencido de que la muerte significaba cercanía al inconsciente. Enfrentar la muerte requiere el mismo coraje que enfrentar al Ello. El coraje y temperamento salvaje y, a menudo, desesperado de Groddeck fue respetado por Freud, quien también vivió cerca de la muerte.

Ferenczi nunca se cansó de cantar las alabanzas de Groddeck y contarles a otros el beneficio que obtenía de sus “vacaciones analíticas” anuales regulares en el sanatorio de Groddeck, a las que Ferenczi llevaba a sus pacientes analíticos. Otra invitada fue Karen Horney, quien se retiró al sanatorio con profundo dolor después de la repentina muerte de su amado hermano.

Cuando Groddeck probó con la apertura de una sala especial para casos de maternidad, consultó a Frieda Fromm-Reichmann, quien se convirtió en una muy buena amiga. Más tarde, ella, frecuentemente, le daba el crédito a Groddeck por su método de tratamiento de esquizofrénicos hospitalizados.

En 1926, Groddeck luchó contra el tabú de la aplicación del psicoanálisis en el campo de la medicina -el tabú de prohibir relacionar el trabajo onírico con los síntomas psíquicos u orgánicos. Como señaló, ambos muestran la misma relación entre la forma manifiesta y los conflictos inconscientes latentes.

Groddeck con orgullo y desafiantemente se llamaba a sí mismo un “analista salvaje”. En la celebración del sexagésimo cumpleaños de Groddeck, Ernst Simmel agregó:

A Groddeck se le puede permitir llamarse a sí mismo “salvaje” -en relación con el movimiento del que es partidario- en el sentido de que no debe su entrenamiento a nadie más que a sí mismo. También puede ser llamado “salvaje” en virtud de su temperamento apasionado, que lo impulsa a la acción donde otros presentan un caso como desesperado o disfrazan su verdadera impotencia bajo la cobertura de un “diagnóstico preciso”.

EL SELF DESCONOCIDO

En esta colección de artículos publicados entre 1925 y 1929, Groddeck dio rienda suelta a su imaginación. Escribió francamente sobre sí mismo -más que cualquier analista, con la posible excepción de Sigmund Freud. Groddeck se expresó alegre, intensa e inocentemente- tal vez con una masoquista honestidad. Mostrándose como si estuviera constantemente en análisis, invitaba a sus pacientes a seguir su ejemplo.

Los recuerdos de Groddeck se remontan a sus años escolares y a algunos maestros que amaba. El final de la niñez le llegó cuando su padre murió. Antes de eso, Groddeck había creído poseer un poder especial para ayudar y sanar. Después de la muerte de su padre, obtuvo una intelección de su megalomanía, que reconocía como una introyección triunfante de sus padres en su inconsciente.

La última parte de *‘The Unknown Self’* contiene las interpretaciones de Groddeck de la mitología alemana (*El anillo de los Nibelungos*), *Peer Gynt* y el *Fausto* de Goethe. El significado simbólico de la relación Sigfrido-

Brunilda es una advertencia de que madre e hijo se amarán, pero que también se destruirán mutuamente. Sigfrido reconoce a su madre en Brunilda. De todas sus enseñanzas, él aprendió poco; sigue siendo un niño y un tonto. Sabe que, frente a ella, no es un héroe y que sucumbe a ella. El hombre muere en sus brazos y vuelve a ser de nuevo un niño. La figura del enano simboliza otro aspecto de la sexualidad masculina: es pequeño, viejo y feo, pero tiene una gran fuerza oculta y finalmente triunfará sobre el enorme gigante.

Sigmund y Siglinde son hermano y hermana gemelos, simbolizando la cara de Jano de cada hombre, ya que el hombre es bisexual.

La interpretación de Groddeck de Peer Gynt sigue líneas similares. Para su madre, Aase, Peer siempre fue un niño pequeño, mientras que ella siguió siendo una madre que nunca envejecía. Las mujeres en la vida de Peer son diferentes encarnaciones de la madre eternamente deseada y temida.

Para Groddeck, el Fausto de Goethe representa a cada hombre. Goethe quería que entendiéramos a Fausto como un hombre que finalmente reconoció su inconsciente (“Der dunkle Drang”, los oscuros impulsos del hombre) como su parte más humana. Fausto quería vivir en armonía con su Ello, ni en combate ni en rendición. Groddeck encontró la confirmación final de su opinión en la definición de la realidad simbólica de Goethe: “Alles Vergaengliche ist nur ein Gleichnis” (Todo lo que es mortal no es más que una imagen).

A finales de 1930, Freud recibió el Premio Goethe. Aunque desesperadamente enfermo, Groddeck escribió a “mi maestro más honrado y mi más amado hombre” sobre su pasión de toda la vida por Goethe. Su carta muestra una profunda comprensión de los escritos de Goethe. Groddeck concluyó preguntando si Freud estaba de acuerdo con la interpretación de Groddeck del Fausto de Goethe. Freud respondió breve y amablemente, y con un benevolente escepticismo que no podía resolver la controversia sobre Goethe, ya que “no entiendo a Goethe en eso mejor de lo que entiendo a Groddeck”.

EL MUNDO DEL HOMBRE

En el último libro de Groddeck, *Der Mensch as Symbol* (“El hombre como símbolo”), que apareció en 1933, Groddeck abordó problemas de arte y lenguaje, de la enfermedad y de la relación del hombre con el símbolo. En muchos lugares combinó su intuición por el lenguaje con el conocimiento del filólogo. Para Groddeck, el verdadero artista no es ni espectador ni maestro: es un intérprete del inconsciente. Mucho antes de que el cerebro llegara a existir, el Ello ya estaba activo.

El hombre siempre se esfuerza por lograr lo que fue y tuvo en la infancia. Su elección se encuentra en llegar a ser ingenuo o inmaduro. Un niño no teme a ningún rey, e incluso la majestad de la muerte no lo asombra. Como dijo Groddeck: “En este sentido, he seguido siendo un niño; la muerte no me dice nada”.

Los capítulos mejor escritos y probablemente más personales de *Der Mensch as Symbol* son los dos últimos, “Amor y muerte” y “Muerte y transfiguración”. El amor y la muerte están estrechamente conectados porque el hombre muere en la mujer mientras tiene relaciones sexuales. El eros y la muerte son similares ya que la vida comienza con la muerte, encuentra su cumplimiento en la unión sexual y termina en la muerte. Morir es una experiencia placentera, como quedarse dormido. Al igual que soñar, hablar, amar, pintar o enfermarse, morir también es una expresión del Ello. Groddeck estaba convencido de que la muerte de cada hombre es el cumplimiento de un último deseo.

Groddeck dudó en molestar a Freud con el manuscrito porque, para entonces, el mundo alemán estaba siendo demasiado triste en realidad como para permitir un escape hacia la literatura. Sin embargo, finalmente se lo envió, junto con una carta que cerraba con las palabras: “Su desafortunadamente, algunas veces senil y enfermizo, pero siempre agradecido discípulo”. Freud no acusó personalmente recibo del manuscrito, pero su hija Anna escribió a Groddeck que Freud lo había leído de principio a fin con gran interés y no creía “en sus enfermedades mentales o senilidad”.

Ferenczi escribió desde su lecho de enfermo en Capri que le encantaba el nuevo libro, *Der Mensch as Symbol*. En ese momento, estaba en las etapas finales de la anemia perniciosa, viajar era difícil y no podía ir a ver a su amigo Groddeck. Ferenczi se llamó a sí mismo “un atomizador del alma”; Groddeck había tratado de salvar a su amigo de este peligro. Después de la muerte de Ferenczi en mayo de 1933, su esposa escribió

que Lou Andreas-Salomé, una cercana amiga de Freud, Groddeck y muchos grandes hombres, había dicho: “Groddeck lo habría salvado”. Preocupado mucho por haber descuidado a Ferenczi, en una larga carta a la viuda de Ferenczi, Groddeck trató de demostrar que probablemente no podría haber ayudado:

Así como no es posible detener una tempestad rugiente con una sola mano, tampoco yo podría haber ayudado a Sandor. A pesar de lo cercanos que estábamos uno del otro, estaba ya muy lejos de mí en un vuelo hacia las estrellas al que yo no podía ni quería unirme.

Una vez más, Groddeck estaba solo. Volviendo al mundo que lo rodeaba, se negó a reconocer su realidad. Se negó a creer que Hitler fuera antisemita. Creía firmemente que si tan solo hubiera podido tener una entrevista con Hitler, podría haber corregido el pensamiento erróneo de Hitler.

Un año después de la muerte de Ferenczi, Groddeck sufrió un severo ataque cardíaco. En ese momento, las autoridades estaban en camino de arrestar a este extraño médico que escribía unas cartas locas al Líder. Frieda Fromm-Reichmann arregló una invitación para que Groddeck diera una conferencia ante la Sociedad Psicoanalítica Suiza, y él aceptó ir a regañadientes. En Zúrich, habló una vez más sobre los ojos, la visión y la visión sin ojos. Se desplomó y fue llevado al sanatorio dirigido por M. Boss, un destacado psicoanalista.

En sus últimos días, Groddeck estaba preocupado por la cura del cáncer, y por la lucha contra la muerte en sus pacientes y en el pueblo alemán. Creía que podía librar al mundo de la maldad. Una de sus últimas visitantes fue Frieda Fromm-Reichmann, que se dirigía a América. Se levantó de la cama y, sin ningún signo de enfermedad, la acompañó a la estación. Poco después se descompensó y mostró signos de agitación y delirio; luego vino el pacífico final.

EN RESUMEN: LA NECESIDAD INNATA DEL HOMBRE DE SIMBOLIZAR

Georg Groddeck creía en un impulso innato del hombre por simbolizar. Como médico y lingüista, no le desagradaban los términos artificiales y prefería el habla de los niños y los artistas: Ellos no tienen el tipo de defensas que interfieren con la libre creación del Ello. Pero sería un error llamar a Groddeck un artista (que lo era) en lugar de un observador clínico (que también lo era).

Freud siempre fue cuidadoso y cauteloso, pero no defensivo hacia el enfoque de Groddeck, ya que Freud también reconocía una deuda con el arte y la literatura. Aunque escéptico del “místico Ello” de Groddeck, Freud vio un considerable mérito en las formas poéticas y originales de Groddeck de tratar a los enfermos y sus enfermedades.

Georg Groddeck se enorgullecía de lo correcto de su intuición. Su perspicacia y conjeturas fueron confirmadas por el trabajo de Freud. Mientras que Freud siempre había afirmado ser un científico, Groddeck no hizo tal afirmación. Para él, la vida era divina.

Muchos hombres han continuado el trabajo de Groddeck: la teoría y la técnica del *parto natural* de Grantly Dick Read son la confirmación final de algunas de las primeras ideas de Groddeck. John Rosen ha aplicado el enfoque de Groddeck en el “análisis directo” de pacientes esquizofrénicos. En Suiza, Madame Secheyne ha seguido las formas de pensar y actuar de Groddeck en su método de *realización simbólica*. Muchos de los pensamientos de Groddeck han encontrado su expresión en el sistema desarrollado por Melanie Klein. Otra aplicación de la técnica de Groddeck condujo al Psicodrama de Jacob Moreno. El trabajo de René Spitz con la depresión anaclítica confirma la intuición de Groddeck y continúa desde donde éste lo dejó. La influencia de las ideas de Groddeck se puede ver en el trabajo de Geza Róheim. El psicoanálisis siempre ha postulado el principio del placer como restringido por el principio de la realidad. Recientemente, se ha formulado un tercer principio, que podría llamarse el principio del pensamiento mágico-místico o simbólico. La actividad mental humana comienza de esta manera, y Groddeck la expresó y la aplicó consistentemente en su praxis de curación.

Georg Groddeck amaba el símbolo y lo entendía. Vivió de acuerdo con Ello, y trabajó con él. Como analista y amigo de Freud, permaneció indómito y muy amado.

BIBLIOGRAFÍA

- Freud, E. L. (Ed.) The selected letters of Sigmund Freud. Nos. 176, 188, 201, 212. New York: Basic Books, 1960.
- Freud, E. L. (Ed.) Sigmund Freud Oskar Pfister Briefe. 1909-1939. Frankfurt am Main: S. Fischer Verlag, 1963.
- Grinstein, A. Index of psychoanalytic writings. Vol. 2, Nos. 12701-12726, 22308, 30944. New York: Int. Univer. Press, 1953.
- Groddeck, G. The book of the It. (Vintage Books—V 195; Introduction by L. Durrell) New York: Random House, 1961. (See also Groddeck, G. The book of the It. [Mentor—MT 352; Introduction by A. Montagu] New York: New Amer. Library, 1961.)
- Grossman, C. M., & Sylvia Grossman. The wild Analyst: the life and work of Georg Groddeck. New York: George Braziller, 1965.
- Grotjahn, M. The importance and meaning of Ferdinand the Bull and Mickey Mouse. In Beyond laughter. New York: McGraw-Hill, 1957.
- Grotjahn, M. Georg Groddeck and his teachings about man's innate need for symbolization. Psychoanal. Rev., 1945, 32, 9-24.
- Jones, E. The life and work of Sigmund Freud. Vols. 2, 3. New York: Basic Books, 1953-1957

Mi agradecimiento a Roderick Gorney, M.D., de la Universidad de California, por su ayuda en la redacción de este ensayo. También deseo agradecer a Carl y Sylvia Grossman por poner a mi disposición su material sobre Groddeck. Aprecio especialmente haber podido comparar su selección de las cartas de Groddeck a Freud con las notas autobiográficas en el trabajo publicado de Groddeck. (Ver la Bibliografía.) —M.G

(*) Martin Grotjahn (8 de julio de 1904 - 30 de septiembre de 1990) fue un psicoanalista estadounidense nacido en Alemania. Era hijo del doctor Alfred Grotjahn y nació en Berlín, Alemania. En 1937 emigró con su esposa judía Etelka Grosz, hija del doctor Gyula Grosz, y su hijo de un año a los Estados Unidos. Trabajó en Chicago como psicoanalista en la clínica del psiquiatra Karl Menninger y luego se mudó a Los Ángeles donde fue uno de los miembros fundadores del Instituto Psicoanalítico de Los Ángeles. Unos años más tarde, cuando ese instituto se separó, se convirtió en el primer decano del Instituto de Psicoanálisis del Sur de California. Se convirtió en un psicoanalista muy conocido y fue uno de los primeros en lidiar con el trauma del envejecimiento. Escritor médico, psiquiatra y analista. Beneficiario Sigmund Freud award Psychoanalytic Physicians, 1976. Sirvió en Military Cross, Australia, 1942-1946.; Miembro Asociación Psicoanalítica Estadounidense, Asociación Psiquiátrica Estadounidense, Asociación Psiquiátrica del Sur de California, Sociedad Psicoanalítica del Sur de California. Analista de formación, Instituto Psicoanalítico del Sur de California; Profesor Clínico de Psiquiatría, Universidad del Sur de California, Los Ángeles.

Publicado en: Georg Groddeck 1866-1934. The Untamed Analyst, Martin Grotjahn, pp. 308-320, en: Psychoanalytical Pioneers, Eds. Franz Alexander, Samuel Eisenstein, Martin Grotjahn. 618 pag., Basic Books Inc., New York, 1965.

Volver a Artículos sobre Georg Groddeck
Volver a Newsletter-22-ALSF-ex-76